

**Santa Misa en la Solemnidad de la Anunciación del Señor**  
**Bendición de familias en espera de un hijo**  
**Iglesia de San Juan de Rabanera (Soria) – 25 de marzo de 2011**

Mis queridos hermanos, especialmente queridas parejas que esperáis con gozo el nacimiento de un nuevo hijo en vuestras familias:

Acabamos de escuchar en el Evangelio el relato de la anunciación del arcángel Gabriel a María explicándole el plan de Dios sobre ella y su altísima misión como Madre de Dios. Ante este anuncio -¡ser la Madre de Dios!- varios fueron los sentimientos que se golpearon en el corazón de la joven Virgen:

En primer lugar, María experimentó un sentimiento de **profunda alegría**; una alegría que le hace exclamar: “*se alegra mi Espíritu en Dios, mi Salvador, porque Dios ha mirado la pequeñez de su esclava*” (Lc 1, 47-48) Esta alegría brotaba, en último término también, de sentirse amada por Dios; de saber que Dios iba a realizar en ella el milagro de la vida de su Hijo y -a pesar de su juventud y humildad- Dios iba a realizar en ella obras grandes.

Un segundo sentimiento fue el de la **gratitud**: María sabe que lo que se va a realizar en ella no es mérito suyo sino que es don y gracia de Dios; por eso dirá: “*el Poderoso ha hecho obras grandes en mí*” (Lc 1, 49). La Virgen experimenta una profunda gratitud porque Dios la ha bendecido con el don de la maternidad. Ella, gracias a la acción de Dios en su vida, va a ser Madre ¡y Madre de Dios!

Otro sentimiento importante que brota en María es el de la **disponibilidad** al plan de Dios que le lleva a contestarle al Señor a través de su arcángel: “*¡Hágase en mí según tu palabra!*” (Lc 1, 38). Esta aceptación del plan de Dios sobre ella es un “sí” para toda la vida. En efecto, lo será en los momentos de alegría pero también en los de dificultad (el nacimiento en el pobre portal; la huida a Egipto para defender la vida del Hijo; el camino de la Cruz; la condena del Inocente; la terrible muerte en la cruz, etc.)

Estoy seguro, queridos futuros padres y madres, que estos tres sentimientos los estáis experimentando también vosotros; por eso habéis querido venir a vivirlos con todas las demás familias que experimentan lo mismo que vosotros ante la misma maravillosa realidad.

Sí, estoy seguro que sentís un profundo gozo y una gran alegría ante la llegada de vuestro hijo; seguro que ha sido éste el primer sentimiento que habéis tenido -o uno de los primeros- desde el momento que habéis conocido la noticia de que ibais a ser padres por primera vez o que ibais a serlo de nuevo. Lo sabéis bien, queridas parejas: un hijo es para un matrimonio siempre un motivo de alegría porque es siempre una bendición de Dios; porque es el fruto de vuestro amor; porque es quien, además, va a dar sentido a todos vuestros esfuerzos y sacrificios.

Junto a lo anteriormente dicho, otro sentimiento que aflora casi espontáneamente en todos y cada uno de vosotros, queridos esposos y futuros padres, es el de la gratitud. Sí, este próximo nacimiento habéis querido celebrarlo en el marco de la Eucaristía, que es siempre la Acción de gracias por excelencia. Hoy, en el altar del Señor, os encomendamos a todas las familias que esperáis un hijo, tanto a las que estáis aquí

presentes y que habéis acudido para dar personal y directamente gracias a Dios por el fruto de vuestro amor, como aquellas otras que no han podido o no han querido venir para darle gracias a Dios por el don y el regalo que les hace. No lo olvidéis, queridos todos: un hijo es siempre un regalo, nunca un derecho; por eso cuando una familia se siente bendecida con la llegada de un hijo al mundo debe agradecer al Señor el que les haya bendecido de esta forma. Vosotros, como os decía, con esta Eucaristía, con nuestra presencia en ella, habéis querido decirle a Dios, habéis querido recordaros a vosotros mismos y queréis “gritar” a los demás lo mucho que valoráis la vida del hijo que se acerca; y, junto a esto, dais gracias a Dios que os ha bendecido como familia con este hijo; gracias a ese Dios que os llena de alegría y os hace sentirnos privilegiados y dichosos.

María, la Virgen Madre, se comprometió personalmente con el plan de Dios sobre ella y su familia, y pronunció como sabemos su “sí”, su “hágase”. Nosotros celebramos esta Eucaristía en este día, Solemnidad de la Anunciación, para expresar el compromiso gozoso ante Dios y ante la sociedad de que os comprometéis a respetar, cuidar y poner cuanto esté en vuestras manos para acoger la vida de vuestro hijo, y crear el clima favorable en la familia para que esta nueva criatura que llega a vuestras vidas pueda desarrollar todas sus potencialidades y cualidades personales y de fe.

Ahora bien, no olvidéis que este compromiso lo adquirís y lo aceptáis en un momento y en un ambiente en el que -por desgracia- se ha legalizado y se ha declarado como derecho el aberrante hecho de eliminar al hijo que vive en las entrañas de la madre. A esta lacra inhumana, vosotros, con vuestra acogida de padres, estáis diciéndole un “no” rotundo; estáis mostrando con la vida que es imposible aprobar la eliminación de la vida humana como un derecho a favor de la mujer que va contra el derecho primero y primordial del no nacido. Sí, queridos amigos, sabed que estáis siendo un testimonio de acogida, valoración y compromiso por la vida sin decir muchas palabras pero sí mostrando claramente unos hechos: acogiendo con gozo la noticia de vuestro embarazo y esperando con ilusión, alegría y gozo el nacimiento de la nueva criatura, y preparando todo lo necesario para que vuestro hijo encuentre unos padres que lo quieran, que lo amen siempre y hasta el final.

Vamos a dar gracias hoy por todos los padres que acogen con generosidad a sus hijos, cuidan de ellos, los protegen y educan y les dan lo mejor de sí mismos, porque ellos son lo mejor que ha podido sucederles, y ellos lo saben y se lo agradecen al Señor. Además, elevemos nuestra plegaria para pedir por todos los padres que encuentran dificultades para acoger al hijo que viene, para que en la Iglesia, en la sociedad y en todos nosotros encuentren la ayuda necesaria para acoger, proteger y defender la vida de sus hijos. Y vamos hoy, especialmente, a pedir por todos vosotros, padres que esperáis la llegada de un hijo, para que sintáis en vuestros corazones el gozo y la alegría, la gratitud y la responsabilidad que supone ser co-creadores con Dios, instrumentos dóciles en las manos de Dios de cuyo amor nace una nueva vida.

Ofrezcamos al Señor en esta Eucaristía el pan y el vino, y en la misma patena vamos a presentar a vuestros hijos y a pedir al Señor que Él -que os los ha dado- os ayude a ser unos auténticos padres para ellos; que os alegréis de su llegada al mundo; que sepáis educarlos en los valores auténticos, enseñándoles ya desde muy pequeños que además de vosotros como padres en la tierra tienen otro Padre, Dios, que les quiere, les protege y les ayudará siempre en todo cuanto necesiten en el camino de la vida.

Que la bendición -que en el nombre del Dios de la Vida os impartiré de corazón- *alcance* a todas vuestras familias, bendiga a vuestros hijos, les de salud y fortaleza; y a vosotras, madres, os asista en vuestro embarazo para que todo salga como deseáis; que con el auxilio divino vuestros hijos encuentren en vosotros los padres que se entregan a ellos, les dan calor y cuidado, y les educan según el plan de Dios.

Que Santa María, la Virgen de la Buena Esperanza, os consiga de Dios su misma firmeza en la fe, su consoladora esperanza y su ardiente caridad. Amén.